

LA LECTURA: JUEGO, DESCUBRIMIENTO, PLACER

MIGUEL JOSÉ PÉREZ
Universidad Complutense. Madrid

RESUMEN

La lectura —que en su etapa de aprendizaje no debe separarse de la escritura— ha de ser un juego para el niño que empieza a descifrar ese “mundo de jeroglíficos”, en palabras de F. Umbral. A la vez, y cada vez más, debe ser el mejor medio de que dispone el niño/el hombre para descubrir los misterios de la naturaleza y del hombre mismo. Ese juego y ese descubrimiento van necesariamente acompañados de, y conducen a, un placer psíquico incomparable. Por eso, el primer conocimiento de la obra literaria —como ya dijo Dámaso Alonso—, y el único imprescindible, es el del lector. Y en ese placer de lector termina la razón de ser de toda obra literaria. El autor no escribe para críticos sino para lectores. Es cierto, por otra parte, que también el crítico como tal es un lector y suele tener una sensibilidad mayor; por eso la labor del buen crítico, del crítico creador/orientador ha de ser ante todo la de indicar aquellas obras que merecen la pena leerse; y es muy importante que nuestros niños/jóvenes lean verdaderas obras de arte: aquellas que formen sus sentimientos, que desarrollen su sensibilidad más noble y su inteligencia, su capacidad de raciocinio, que cultiven su formación humana y humanística así como el respeto a la dignidad del hombre.

ABSTRACT

Reading should not be separated from writing at its learning stage; it should be a game for the child who begins to decipher that `world of hieroglyphics', says F. Umbral. At the same time, reading should increasingly become the best way for the child/man to discover Nature and man's mysteries. Both game and discovery necessarily share and arrive to an incomparably spiritual pleasure. Thus, it is the reader's literature knowledge the first, the essential, the unique one, as Dámaso Alonso already said time ago. And it is inside that reader's pleasure where we finally encounter the reason of being for any literary work. The author does not write for the critic, but for the reader. However, it is true that the critic is also a reader, and usually possesses a greater sensitivity. Therefore, a good critic, who is the creative/guiding one, has to point out those works that are worthy of reading. It is also very important for our children/youngsters to read real master pieces: those which train their feelings, which develop their most noble sensitivity and intelligence, which open out their ability of reason, which cultivate their human and humanistic education, as well as the respect for man's dignity.

* * *

Francisco Umbral —nuestro reciente premio Cervantes, como todos sabéis—, en su precioso libro *Mortal y rosa*, tiene un capitulillo dedicado al aprendizaje de las letras por parte de su hijo (1). Todo él es una preciosa metáfora de la vida, del descubrimiento del mundo por medio de la palabra reproducida por los signos gráficos que el niño empieza a descifrar. Nos lo presenta ya desde el principio como un maravilloso juego, un juego que resuena a lo largo de la historia de la humanidad:

“Las letras, el alfabeto, la escala de las vocales, el niño, a la sombra de la madre, pájaro ligero por el árbol de la gramática. Salta, va, viene, se equivoca de rama, vuelve a saltar, dice la a, la e, ríe con la i, se asusta con la u, vive (...). Las letras, insectos simpáticos y tenaces, juegan contigo como hormigas difíciles. Estás empezando a pulsar las letras, las teclas de un piano que resuena en cinco o diez mil años de historia” (Umbral: 1997, 120-121).

Cuando un niño empieza a leer —como cuando empieza a habla— se va abriendo ante él un misterio insondable, “con esa mezcla de curiosidad y conocimiento que poseen los niños” (Cotroneo: 1995, 9) (2), un mundo desconocido y apasionante que le llena de asombro y le seduce —si es que esto se puede decir de un niño—. Como dice también F. Umbral: “Cada letra tiene un eco de lenguajes pasados, de idiomas milenarios, que tú despiertas inocentemente, como cantando dentro de una catacumba” (Umbral: 1997, 121).

Por eso consideramos importantísimo que el niño aprenda la lectura con placer, como un juego. No olvidemos que la propia lengua es para el niño, desde el momento en que empieza a descubrir que puede articular sonidos, un juego. Así lo recuerda Unamuno (3):

“El lenguaje mismo era un juguete; jugábamos con él. Una palabra nueva excitaba nuestra alegría, lo mismo que el encuentro de un nuevo bicho, aunque en general nos burlábamos del que afectase hablar bien (...). Y luego había lo de inventar lenguajes especiales que sólo dos o tres amigos entendían, y aquello de “Dipe-lepe ape Pape-cope quepe voype ape rompe-perpe-lepe lospe mope-rrospe”, añadiendo *pe* u otra sílaba a cada una de las de la frase” (Unamuno: 1958, 262).

Y aún es más importante que lo haga desde su primer acto reflexivo sobre su propia lengua (4): será éste su primer recurso a la función metalingüística. De ahí que desde sus primeros años el niño deba estar en contacto con canciones populares, retahilas, estribillos, trabalenguas, adivinanzas, cuentos, leyendas, historias, sucesos de los que ha sido testigo activo o pasivo, imágenes gráficas; en fin, con toda forma de cultivo de la lengua oral. Ya lo dice también Unamuno:

“Nuestra literatura, la que se transmitía de niños a niños sin contaminación de los mayores, la constituían los cantares de corro y algunos cuentecillos breves y burlescos, o los chascos en que a una pregunta dada se exige también una dada respuesta que provoca la réplica” (Unamuno: 1958, 262-263).

Todo esto es lo que va a incidir en que la lectura sea para el niño una actividad placentera. Para facilitar este comienzo de la lectura, y que sea para el niño un acto gozoso, deberemos procurar que lo haga jugando con las palabras y que no lo sienta como una obligación y, mucho menos, como una imposición, pues tarde o temprano el niño aprende a leer, a escribir (5). Dice a este respecto Daniel Pennac (6):

“No se nos ocurrió (...) imponerle la lectura como deber: En un primer momento sólo pensamos en su placer. Sus primeros años nos llevaron al estado de gracia. El arrobamiento absoluto delante de aquella vida nueva nos otorgó una suerte de talento: Por él nos convertimos en narradores; desde su iniciación en el lenguaje le contamos historias. Su placer nos

inspiraba. Su dicha nos daba aliento. Por él, multiplicamos los personajes, encadenamos los episodios, ingeniamos nuevas trampas” (Pennac: 1993, 15).

En cuanto el niño empieza a “leer”, es decir, en cuanto es capaz de articular con cierta fluidez, sin equivocaciones frecuentes, los sonidos correspondientes a los signos gráficos, deberemos tratar de iniciar al niño en los primeros pasos de la verdadera lectura con la comprensión lectora y la entonación debida. Igual que se hace con la palabra hablada —pues no debemos olvidar que la lectura es un aspecto de la lengua oral—, debemos conseguir que el niño se consolide **como lector**, igual que se ha consolidado como hablante; pues debemos tener en cuenta que el recuerdo de “las fascinantes lecturas de la infancia debe ser para cada uno de nosotros una bendición” (Proust: 1989, 32) (7). El fin primordial de la escuela es éste, precisamente, junto con el de conseguir que el niño escriba con corrección. Ya A. Castro (8) lo vio con su clarividencia habitual:

“La escuela ideal deberá esforzarse por enseñar a hablar y a escribir con sentido y con corrección; hará reflexionar sobre el idioma, llamando la atención sobre la significación de las palabras; sobre el sentido inmediato de lo que se lee; sobre los rudimentos de la estructura gramatical: forma de las palabras, funciones psíquicas y lógicas que desempeñen” (Castro: 1922, 7).

Pero no se puede confundir la enseñanza de la lectura, de la lengua oral, ni la de la escritura, con la enseñanza de las estructuras de la lengua, pues “el idioma no se enseña estudiando gramática” (Castro: 1922, 14), sino practicando la lectura (y en conjunto la lengua oral) y la escritura. Como dice también Américo Castro: “Hablar [incluimos leer, claro está] y escribir correctamente es un problema de instinto, de práctica, de gusto y de inteligencia” (Castro: 1922, 48).

Por eso, y para conseguir eso, es fundamental que los hábitos de reflexión los vayan adquiriendo los niños sólo a medida que su desarrollo como lectores/hablantes se lo vaya permitiendo y según su capacidad; pues hay que evitar, como dice también A. Castro en otro de sus libros (9), que “se forme en las infantiles cabezas esa costra de incultura e irreflexión, tan funesta luego para la vida colectiva” (Castro: 1924, 240).

Es imprescindible, en este camino de afianzamiento del niño-el joven-el hombre adulto como lector, conseguir que se lea con atención y fijeza, con entonación y sentido, y —¿por qué no?— con arte. Y es que el leer bien, el recitar bien es un arte, y, como tal, se puede adquirir con una práctica realizada correctamente y ya desde el principio (10).

Es bien conocida la teoría de Dámaso Alonso (11) sobre los tres conocimientos de la obra poética: el del lector, el del crítico y el de la estilística. Pero de esos tres sólo el primero es imprescindible:

“No olvidemos una verdad de Pero Grullo: que las obras literarias no han sido escritas para comentaristas o críticos. Las obras literarias han sido escritas para un ser tierno, inocentísimo y profundamente interesante: ‘el lector’. Las obras literarias no nacieron para ser estudiadas y analizadas, sino para ser leídas y directamente intuitas (...). Y esa intuición se fija o completa en la relación del lector con la obra, tiene como fin principal la delectación, y en la delectación termina” (Alonso, 1966, 37, 39).

Es más, la obra literaria sólo es efectiva en tanto en cuanto es leída, pues en esos momentos es cuando pasa, por el lector, “una serie continua de intuiciones. Una impulsada quilla va dejando una estela de luz en la imaginación, y constantemente, durante la lectura, se abre más y más, rasgando una compacta oscuridad de no ser” (Alonso: 1966, 39).

Decimos que el conocimiento del lector es el único imprescindible; pero ya Pedro Salinas (12) nos ponía en guardia contra las publicaciones de resúmenes (**periocas**, las llama él) que sostienen que se puede “disfrutar de lo esencial de cada libro de éxito aunque no se tenga tiempo para leer los libros enteros” al decirnos: “la esencia de una obra, lo esencial, sólo puede y debe exprimirlo cada lector por obra y gracia suya y tras la cabal lectura del libro” (Salinas, 1981, 304).

Pero, entre los lectores, hay alguno en el que “las cualidades del lector están como exacerbadas”. Y este lector, además de las cualidades “impresivas” de todo lector, tiene también una “actividad expresiva”: éste es el crítico. Su misión es “dar, comunicar compendiosamente, rápidamente, imágenes de esas intuiciones recibidas, valorarlas, apreciar su mayor o menor intensidad” (Alonso: 1966, 203); por eso la labor del buen crítico, del crítico creador/orientador ha de ser ante todo la de indicar aquellas obras que merecen la pena leerse; y es muy importante que nuestros niños/jóvenes lean verdaderas obras de arte —incluidas las primeras que lean—: aquellas que formen sus sentimientos, que desarrollen su sensibilidad más noble y su inteligencia, su capacidad de raciocinio, que cultiven su formación humana y humanística así como el respeto a la dignidad del hombre.

Por eso, ¿aprender a leer, a familiarizarse con la lectura, una lectura cada vez más comprensiva; aprender a escribir y ya correctamente desde el principio; perfeccionar la elocución, la conversación; adquirir y ampliar el conocimiento del vocabulario; descubrir y comprender prácticamente las estructuras gramaticales; llegar a conseguir una redacción no sólo correcta sino, incluso, artística; educar, en fin, su propia sensibilidad de ser humano... dónde y cómo mejor lo podrá realizar que a través de los numerosos textos literarios con esas infinitas posibilidades expresivas que la lectura encierra?

Y en una entrevista publicada en *La Vanguardia*, Pepe Rubianes, artista él, dice: “El *Quijote* es el primer libro que me marcó. La poesía de García Lorca me tenía fascinado. Valle-Inclán es la maravilla de la palabra escrita” (13).

Ya dijo Descartes —en cita que recoge Proust— que “la lectura de todos los buenos libros es como una conversación con los hombres de otros siglos que fueron sus autores” (Proust: 1989, 34). Por otra parte, no podemos dejar de reproducir estas sugerentes palabras de Luis Landero (14):

“Uno está convencido de que, fuera de algunos rudimentos teóricos, la gramática se aprende leyendo y escribiendo, y de que quien llegue, por ejemplo, a leer bien una página, entonando bien las oraciones y desentrañando con la voz el contenido y la música del idioma, ése sabe sintaxis” (Landero: 1999, 16).

La lectura es una ventana abierta al mundo o, mejor dicho, miles, millones de ventanas desplegadas al viento del cosmos, y cada lector —y cada vez que lee— se está asomando a esas ventanas y está recibiendo la luz que, a través de sus libros, han encendido los hombres. La lectura, además, es mucho más fecunda que la conversación, incluso la mantenida con el “mejor amigo”, por la manera como se establece la comunicación con los autores.

Así dice Proust que “la lectura consiste para cada uno de nosotros, al revés de la conversación, en recibir comunicación de otro pensamiento pero continuando solos, es decir, sin dejar de disfrutar de la capacidad intelectual de que se goza en la soledad, y que la conversación disipa inmediatamente, conservando la posibilidad de la inspiración y toda la fecundidad del trabajo de la mente sobre sí misma” (Proust: 1989, 37). Y Joan Pere Viladecans, pintor él, dice en las citadas declaraciones hechas a *La Vanguardia*: “leer ayuda a entender mejor el mundo e iluminar el pensamiento”(15).

También Harold Bloom (16) incide en esta idea cuando dice: “Leer bien es uno de los mayores placeres que puede proporcionar la soledad, porque, al menos según mi experiencia, es el más saludable desde un punto de vista espiritual. Hace que uno se relacione con la alteridad, ya sea la propia, la de los amigos o la de quienes pueden llegar a serlo” (Bloom: 2000, 13).

Asimismo, es una verdad bien sabida, y así lo constata R. Cotroneo, “que la vida y la literatura se entremezclan de una forma tan indisoluble como intensa” (Cotroneo: 1995, 18). Pero es más, la lectura de las obras literarias no es algo que sea exclusivo de los llamados “hombres de letras”. El saber leer es una actividad que dignifica a todos: “Y recuerda que también los juristas, los economistas, los médicos, sólo serán buenos juristas, buenos economistas y buenos médicos si han aprendido como hay que leer un poema. De otro modo, estarán adocenados, serán unos mediocres” (Cotroneo: 1995, 92).

Es evidente que la lectura, y en relación con lo que acabamos de exponer, desarrolla la capacidad intelectual del hombre —y eso explica el placer que nos produce—, de tal suerte que lectura e inteligencia están en íntima relación e interdependencia:

“Parece que la afición por los libros crece con la inteligencia, un poco por debajo de ella, pero en el mismo tallo; como toda pasión, está ligada a una predilección por todo aquello que rodea su objeto, que tiene alguna relación con él y se comunica con él incluso en su ausencia” (Proust: 1989, 56).

Y más adelante añade el mismo Proust:

“Si la afición por los libros crece con la inteligencia, sus peligros disminuyen con ella. Una mente original sabe subordinar la lectura a su actividad personal. No es para ella más que la más noble de las distracciones, la más ennobecedora sobre todo, ya que únicamente la lectura y la sabiduría proporcionan los ‘buenos modales’ de la inteligencia” (Proust: 1989, 66-67).

Hace ya bastantes años que se puso de moda hablar de, y escribir, libros para niños y para jóvenes. Se habla mucho de literatura infantil y juvenil y por lo tanto de lecturas apropiadas para niños y para jóvenes. Y quienes más lo fomentan son quienes han visto, y ven, en ello un próspero negocio. Sin negar que hay entre tanta morrialla algún libro valioso, nosotros pensamos —y no somos los únicos ni mucho menos— que una verdadera obra de arte literario es válida para todas las edades del hombre, para cada una de distinta manera. Ya lo dice también Sansón Carrasco a don Quijote (17), en el capítulo tercero de la Segunda Parte: “Es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los jóvenes la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran” (Cervantes: 1987. II, 68). Es decir, ya sabía Cervantes, mejor que nadie, cómo su inmortal obra era obra para todas las edades del hombre, y sabía también que esa obra suya era apropiada para todas las edades del hombre aunque para cada una lo fuera de distinta manera (18). Y Janer Manila, Premio Nacional de literatura infantil y juvenil —y uno de los grandes artistas de la palabra y que mejor conoce las aficiones y gustos de niños y jóvenes— dice: “no pondría en manos de un niño un texto que no sea capaz de emocionar a un adulto” (19).

Cuando se lee se establece entre el libro y el lector “una amistad sincera y desinteresada” que, además, ejerce “una influencia propicia sobre el trabajo personal”, dice Proust (1989, 61). Por eso el lector sale siempre enriquecido; y el lector que, además, quiera llegar a ser un buen receptor de sensibilidades y transmitir las a los demás, tendrá que familiarizarse con los buenos escritores y dedicarse de lleno a la lectura de los buenos libros, pues la lectura de ellos produce una especie de exaltación, de éxtasis cuasi místico. Y si, en el sereno y placentero

sosiego que acompaña la terminación de una obra maestra, siente el deseo, la necesidad irreprímible, imperiosa, de hacer, a los demás, partícipes de su gozoso descubrimiento, y acaba haciéndolo, estaremos ante el nacimiento de un nuevo artista de la palabra.

NOTAS Y BIBLIOGRAFÍA

- (1) UMBRAL, F. (1997): *Mortal y rosa*. Ed. de Miguel García-Posada. Madrid: Cátedra /Destino. Como es sabido, todo el libro está dedicado a su hijo, al que pasea, con su maravillosa palabra, por el mundo adulto y lo “lleva de la pluma” hasta su muerte prematura.
- (2) COTRONEO, R. (1995): *Si una mañana de verano un niño. Carta a mi hijo sobre el amor a los libros*. Madrid: Santillana.
- (3) UNAMUNO (1958): *Recuerdos de niñez y de mocedad*. En *Obras completas*. Madrid : Afrodísio Aguado. T. I.
- (4) Creemos que muchos de los rechazos que los estudiantes adultos sienten por la enseñanza de la lengua arrancan precisamente de los fallos en la enseñanza de estos primeros años.
- (5) Hablamos, claro está, del niño normal. Entre los numerosos métodos, recomendamos el global analítico-sintético, pues, al partir de frases —incluso se puede aprovechar alguna que haya dicho un niño—, nos estamos basando en algo que tiene sentido completo y el niño comprende mejor lo que está haciendo. Y, entre la maraña de libros que existen sobre la materia, merece la pena que citemos por su valiosa sencillez y por su procedimiento completo, serio y lúdico a la vez, el de Begoña SÁNCHEZ y Emilia ABARCA (1986): *Aprender a leer y escribir*. Madrid: Acción Educativa.
- (6) PENNAC, D. (1993): *Como una novela*. Barcelona: Anagrama.
- (7) PROUST, M. (1989): *Sobre la lectura*. Valencia: Pre-Textos.
- (8) CASTRO, A. (1922): *La enseñanza del español en España*. Madrid: V. Suárez.
- (9) CASTRO, A. (1924): *Lengua, Enseñanza y Literatura*. Madrid: V. Suárez.
- (10) Véase un artículo nuestro que acaba de publicarse: PÉREZ, M.J. (2000): “La lengua y la literatura españolas en los estudios de Magisterio (diez años después)”. En *Didáctica (Lengua y Literatura)*. Nº.12. Madrid: Publicaciones de la Universidad Complutense. Págs. 325-362.
- (11) ALONSO, D. (1966): *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*. Madrid. Gredos.
- (12) SALINAS, P. (1981): “Defensa de la lectura”. En *Ensayos completos*, II. Madrid: Taurus. Págs. 294-359.
- (13) Declaración hecha a *La Vanguardia* (14-mayo-2000, p. 37). Este periódico publicó en ese número, con el título “Elogio de la lectura adolescente” una breve entrevista que realizó a doce personajes famosos de distintos ámbitos de la sociedad. Más de uno de los entrevistados atribuye su afición por la lectura al papel que desempeñaron sus profesores y la influencia que ejercieron sobre ellos. Las entrevistas fueron hechas por I. RAMOS y M. MOLINA.
- (14) LANDERO, L. (1999): “El gramático a palos”. En *El País*, 14-12-99, p. 16.
- (15) Entrevista de *La Vanguardia*, citada, p. 37.
- (16) BLOOM, H. (2000): *Cómo leer y por qué*. Barcelona: Anagrama.
- (17) CERVANTES, M. de (1987): *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de La Mancha*. Ed. de Vicente Gaos. Madrid: Gredos. 3 vols.
- (18) En este sentido quiero manifestar mi experiencia personal, una experiencia inolvidable, que me marcó para el resto de mis días. La primera vez que yo leí el *Quijote* entero frisaba en los veinte años, y lo leí en la segunda edición crítica, en diez volúmenes, que Rodríguez Marín publicara en la editorial Atlas. Aquella lectura, aparte de lo que supuso para mí de descubrimiento, me producía, un día y otro, tal placer que aún lo conservo vivo en el recuerdo y jamás lo he vuelto a sentir con ninguna de las lecturas de las numerosas obras que he realizado después. Y tan enfascado estaba en aquella lectura seductora que me aprendía párrafos enteros de memoria que aún recuerdo y cito, párrafos que luego recitaba a mis compañeros.
Y el amigo de un sobrino mío (Regino Martín Pérez, de 28 años) llegó un día entusiasmado a casa y, casi a voz en grito; exclamaba: “Pero ¿cómo es posible que no lo haya descubierto hasta ahora? Si es que acabo de terminar de leer el *Quijote*... Y está todo ahí; pero todo, todo. ¡Qué maravilla! ¡Y yo sin saberlo!”.
- (19) JANER: “No creo en la literatura infantil”. En *El País*, 15-11-1988. (Se trata de una entrevista que le hace en ese periódico Nacho Sáenz de Tejada).